

EA

ESCUELA DE ARQUITECTURA

SCHOOL OF ARCHITECTURE

La forma y la enseñanza de la arquitectura

Albert Tidy

Decano Facultad de Arquitectura

Universidad San Sebastián

Alrededor del año 15 a. C. Marco Vitruvio escribió *De arquitectura*, un tratado de diez libros que constituye el único documento del cual se tiene registro como legado teórico del quehacer arquitectónico, constructivo e ingenieril en la antigüedad clásica. En él se establecen tres conceptos básicos sobre los cuales se sustentaría la arquitectura: la *Venustas* (belleza), la *Firmitas* (firmeza) y la *Utilitas* (utilidad). Basados en el principio aristotélico del equilibrio universal (cósmico, divino y natural), estos tres pilares fundamentales no solo debían estar presentes, sino correctamente balanceados para que la arquitectura pudiese existir. Los postulados vitruvianos cobraron especial fuerza en el Renacimiento con el redescubrimiento de los valores clásicos. Sin embargo, esta trilogía hoy parece perder vigencia o, a lo menos, dos apoyos.

La *Firmitas*, o firmeza, se relaciona con los aspectos constructivo-estructurales de la arquitectura, es decir, con su dimensión material y la manera en que sus componentes se ensamblan. El desarrollo de la técnica ha iluminado los períodos más fértiles de la disciplina y hoy —probablemente más que nunca— existe un repertorio de materiales y técnicas constructivas inéditas en la historia de la arquitectura, que permiten posibilidades formales desconocidas para el mundo análogo.

La *Firmitas*, entonces, hoy se abre en un abanico tan amplio como indefinido, que se alimenta permanentemente de otras áreas como las industrias automotriz, aeroespacial o náutica, la robótica y las telecomunicaciones. Sin embargo, independientemente de los avances de la ciencia y la tecnología, mientras la humanidad sea “humana”,

la arquitectura seguirá siendo un hecho físico, con escala, materialidad y peso, pues siguiendo la máxima de Campo Baeza: la arquitectura es una idea construida (1996).

Con respecto al segundo axioma, la *Utilitas*, entramos a una discusión mayor. Está demostrado que la arquitectura trasciende a su función y que un edificio puede encarnar distintos usos a lo largo de su vida útil. Entonces, el uso se transforma más bien en una consecuencia o circunstancia, y no en un pilar fundamental para su existencia. Su uso puede volverse obsoleto e incluso caducar, pero su condición arquitectónica se mantiene intacta: ¿acaso la pirámide de Keops o las ruinas de Machu Picchu han dejado de ser arquitectura por haber sido abandonadas y ya no estar en uso?

Finalmente la belleza, o *Venustas*, hoy parece ser un principio de dudosa especificidad cuantificable y, en consecuencia, de dudosa aplicación para la enseñanza de la arquitectura. Sería injusto desconocer a la belleza como un valor, o incluso como una legítima aspiración de la arquitectura; sin embargo, dado que ya que no es posible establecer cánones, dogmas o parámetros para medirla, pierde interés para la academia como objetivo de aprendizaje.

Lo que es bello a los ojos de uno, puede no serlo para otro. La belleza se ha transformado en un juicio de valor relativo que no es bienvenido en la mayoría de las escuelas de arquitectura. Si para la arquitectura greco romana existía una manera correcta de diferenciar aquello que era bello de aquello que no lo era, hoy claramente se asume que esta distinción no es más que una apreciación individual

que pierde total validez como convención. Si consideramos la definición que elaboró Auguste Rodin, quien señaló que la belleza es el carácter que trasparece por debajo de la forma (s. f.), existiría una disociación entre ambos conceptos, siendo uno tangible y el otro no. Y si la belleza, en principio, es lo verdaderamente relevante para Rodin, ¿qué valor tiene entonces la forma?

Hoy, la arquitectura goza de un momento de saludable libertad y plenitud. Liberada de todo dogma, su repertorio formal resulta tan vasto como difícil de clasificar. Sin embargo, y a pesar de ello, existen tres constantes indispensables para que la arquitectura exista, los que sin importar su tiempo ni su origen, siempre estarán presentes: la materia, la estructura y la luz.

De la combinatoria de estos tres elementos resulta toda la arquitectura que conocemos. Desde la más elemental hasta la más compleja, desde la más antigua hasta la más vanguardista. La forma y el espacio, a su vez, son el resultado de la manera en que estos ingredientes fundamentales interactúan para producir lo que entendemos por arquitectura. Mientras la materia es aquello que da cuerpo al vacío, la estructura es lo que permite sostenerla dentro de las leyes de la gravedad. La luz, en tanto, es lo que hace posible que el espacio inmaterial se vuelva visible, caracterizándolo con sus distintas intensidades y matices.

Estas constantes, que constituyen el ADN de la arquitectura, están a su vez determinadas por una variable que finalmente las domina: el contexto. El contexto es aquello que da forma y significado a la arquitectura, la que depende de su entorno físico, cronológico y cultural. Es así como naturalmente existen respuestas distintas entre la arquitectura tropical y la ártica, la arquitectura renacentista y la moderna, la japonesa y la latinoamericana, la musulmana y la gótica, etc. La forma, en consecuencia, no debería ser el centro de atención para la arquitectura, puesto que serían las variables del contexto y sus circunstancias las que informarían⁽¹⁾ al proyecto. Surge entonces la pregunta: ¿es posible aproximarse a la arquitectura abstrayéndose de la forma como punto de inicio? O

incluso más, ¿es posible que exista la arquitectura antes de la forma?

Estas preguntas son las que intentamos responder en la enseñanza de la arquitectura. El proyecto educativo de la Facultad de Arquitectura de la Universidad San Sebastián se basa en tres dominios declarados en su plan de estudios: el arte proyectual (diseño de proyectos integrales), el arte constructivo (anatomía de la obra) y el arte de la gestión (generación de proyectos). Estos principios establecen los fundamentos del currículo, donde la enseñanza se centra en el conocimiento de los materiales, de la estructura y de la manera como se proyecta con ellos. Los dos primeros años son de familiarización con la disciplina, de carácter instrumental y de conocimiento básico. Posteriormente, existe un ciclo de profundización que explora las distintas materialidades de manera integrada con los cursos de diseño y construcción, y transversal con los cursos de estructuras, gestión y urbanismo. De este modo, existe el semestre del acero, el del hormigón, el de la madera y el de la albañilería.

Este principio de ordenamiento básico, que parece de toda lógica, en realidad no existe en la mayoría de las escuelas de arquitectura. Lo que se logra con este esquema es optimizar los ejercicios, logrando mayor profundidad de conocimiento técnico, constructivo y estructural, lo que finalmente detona en la exploración de nuevas posibilidades expresivas en función del material y sus limitaciones. El resultado de estas formas es consecuencia de un tiempo histórico, de una realidad geográfica y de una realidad política, económica y social, que es inevitablemente variable, pero perceptible a los ojos de quienes han sido entrenados para identificarlas. [m](#)

REFERENCIAS

- CAMPO BAEZA, A. (1996). *La idea construida*. Madrid: Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid.
- RODIN, A. (s. f.). *Testamento de Auguste Rodin* (S. Slim y G. Huerta, trads., obtenido del libro *Auguste Rodin. Camille Claudel*. Roma: Fundación Basil et Elise Goulandris, págs. 211-213). Recuperado el 11 de julio de 2014, de www.soumaya.com.mx/menu/cuicuilco/mcu/galerias/rodin/testamento.html

(1) Informar: dar forma sustancial a algo (Diccionario RAE, tercera acepción).